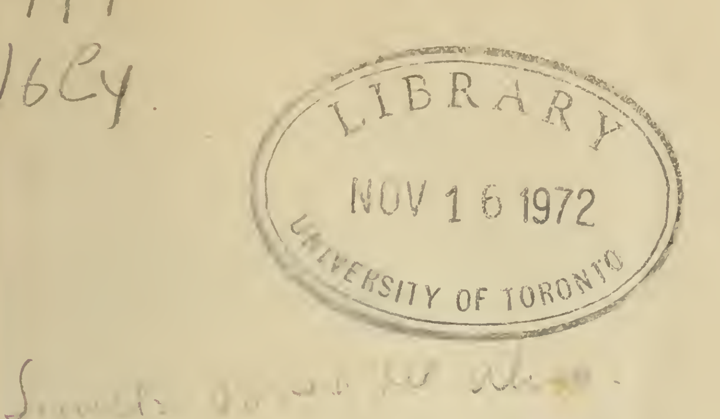


Noé, Eugenio C.
Claros de luna



En la arena

¡Siento algo grande que en mi sér se agita,
Fénix audaz que sin cesar bravea,
Onda de inmenso mar que precipita
Desde su tronco celestial, la idea!

Sueño vehemente, plenitud de vida,
Dolor ó no sé qué, que al pensamiento
Llega, como una chispa desprendida
De la cúpula azul del firmamento,

Enardeciendo todo mi organismo,
Cual fluido de una eléctrica corriente
Que mezclara á la vez, sombras de abismo,
Rumor de auroras, voces de torrente.

Porque hoy, es tan febril y abrasadora
Esta sed, insaciable, no extinguida,
Que rebulle en mi frente y la devora
Con arranques de fiera embravecida.

¡Ah, cuántas veces, con ardor, violento,
Quise hasta el cielo levantar el grito,
Cual si fuese la nota de mi acento
Capaz de ensordecer el infinito!

¡Cuántas veces soñé, que aquí en el alma,
Vertía su magnífico tesoro,
Fundido en notas de placer y calma,
La excelsa lira de vibrar sonoro!

¡Cuántas, cuántas, Señor, ya delirante
Quise romper esta impotencia sorda,
Y dejar, que mi espíritu anhelante,
Corriera como un mar que se desborda!...

Entónces, de los antros del olvido
Volvieran á surgir aquellas horas
De la niñez, de aquel precioso nido
Cuajado de crepúsculos y auroras.

Volvieran los ensueños del pasado
Con su flotante túnica de flores,
Á refrescar el corazón hastiado
De todos sus nostálgicos dolores.

Tuviera un eco para mí la fuente
Que allá, perdida entre el edén murmura,
Y cascadas de luz, fosforescente,
Patria y hogar, felicidad, natura!

Natura, con sus tardes misteriosas
Donde quebranta todo sus querellas,
Mientras rasgan sus cálices las rosas
Y sus nimbos de tules, las estrellas;

Natura, con sus ténues alboradas
Rielando en el espejo de los mares,
Cuando tiemblan de amor las enramadas
Y preludian las aves sus cantares;

Natura, con sus cármenes de estío,
Sus torneos de músicas y flores,
Su voz de trueno, su gemir de río,
Sus montañas, sus nubes de colores...

Patria, con su solemne firmamento,
Como esas aguas de la mar tranquila,
Cuando al són de las ondas y del viento
La bruma azul sobre su frente oscila.

Felicidad y hogar, su dulce anhelo,
Sus horas de placer y de bonanza,
Donde cada caricia es un consuelo,
Y cada sensación, una esperanza!

¡Pero todo es en vano! el fuego vivo
Que aquí en el alma, abrasador, yo siento,
Se pierde como un eco fugitivo,
Si trato de encerrar el pensamiento

En ese estrecho mundo de la forma,
Donde el amor más puro palidece,
Donde el ideal primero se transforma
Y, cual lampo de luz, desaparece.

Donde sin tregua lucho enardecido
Como luchaba el gladiador romano,
Cual luchan el recuerdo y el olvido
Bajo la frente del linaje humano!

Lucha eterna, sin límites, ni valla,
Que dentro del espíritu fermenta,
Como el grito de horror en la batalla,
Como el nombre de Dios en la tormenta!

¡Lucha, sí, tumultuosa y elocuente
Del pensamiento mío, no domado,
Que brega sin cesar, pero impotente,
Como un nuevo titán encadenado!



Nupcial



Nupcial

Sé de una isla, graciosa, umbría,
Donde la dicha del alma está,
Donde no falta luz ni armonía,
Porque palpita la poesía
Del Paraná.

Allá no se oye distinto acento
Que el de las ondas, suave rumor,
Ni más quejidos que los del viento,
Ni hay más anhelo que un sentimiento
De inmenso amor.

Hasta la frente del hombre olvida
Las agudezas de su pesar,
Porque serena pasa la vida
Como la nave que vá dormida
Sobre la mar.

Son esplendentes las alboradas
Entre los pliegues de su capuz,
Y más soberbias las enramadas,
Si de la luna surgen cascadas
De tibia luz.

Del ceibo pende borlón de flores,
Zumba la abeja del *camoatí*
Y entre los sauces murmuradores,
Luce su traje de mil colores
El colibrí.

Todo rebulle, todo suspira,
Todo se mece con dulce són
Y arde la mente como una pira,
Pues cada rama forma una lira
De la Creación.

Vén á la isla, gacela hermosa,
Vén y gocemos siempre los dos;
Serás mi vida color de rosa,
La más ardiente, la más hermosa
Después de Dios.

Vén á la cuna de los amores
Donde la dicha del alma está,
Porque no faltan mundos de flores
Bajo los cielos fascinadores
Del Paraná.



Elevación

Elevación

¡Despierta, corazón! la primavera,
Se difunde otra vez encantadora
Como en los días de tu edad primera.

Hay derroche de púrpura en la aurora,
Melódico rumor en las colinas
Y espumas en la fuente bullidora.

Alegres, como eternas peregrinas,
Se acercan en confusos escuadrones,
Precursoras del sol, las golondrinas.

Palpitan con vigor las ilusiones
De hermosa brillantez y alas abiertas —
Gérmen oculto de celestes dones —

De par en par, las invisibles puertas
Ábrelas el espíritu que canta
Sin recordar sus alegrías muertas;

Y cual rítmico són de una arpa santa,
Impregnado de luces y colores
El himno de los orbes se levanta!

¡Despierta, corazón! te dá sus flores
El ceibo que en las márgenes del río
Proyecta sus ramajes tembladores;

El lirio, su diadema de rocío,
Fulguración de luz inmaculada,
Los infinitos mundos del vacío;

Y toda la creación electrizada,
Salmos, perfumes y matices rojos,
Ora contemples la extensión callada,

Ora te cerquen sin causarte enojos
Concepciones pristinas de otras horas,
Hoy faltas de color para mis ojos.

Te arrullarán de nuevo seductoras
Y en ronda celestial las esperanzas
Que tanto, tanto, al disiparse, lloras;

Y con ellas, también las remembranzas
De la ardorosa juventud, caída
En la noche sin astros, ni bonanzas;

Porque la edad más pura de la vida
Quedó, cual hoja que arrebata el viento,
En el concierto universal perdida.

Pasó la edad de virginal contento
Que al través de los tiempos centellea,
Cual hermoso fanal del firmamento.

Murió la vírgen de pupila hebrea,
La de cabellos sueltos á la espalda
Y hermosa como Vénus Citerea.

Ya de la vida por la abrupta falda
No se verán de púrpura las rosas,
Ni las vides con hojas de esmeralda.

Ya no juego en las noches rumorosas,
Ni me cantan los pájaros del nido,
Ni busco en los jardines mariposas.

La flor de la inocencia se ha perdido,
Como todos los sueños de los hombres
Que ruedan á los antros del olvido.

¡Oh, tiempo asolador! por más que asombres
Los elementos de la estirpe humana
Destruyendo sus glorias y sus nombres.

Tú sigues con la fuerza soberana
Del airado *simoún* que en los desiertos
Sepulta la indefensa caravana.

Tú no cesas jamás : tus golpes ciertos
Hacen que todo en la existencia muera
Bajo los cielos de esplendor cubiertos.

No hay poder que detenga tu carrera,
Porque eres sin rival como el Oceano,
Que no tiene en sus ímpetus barrera.

Pero, no triunfas, nó ; luchas en vano
Porque flotan aún, mis ideales,
Como la niebla en el confín lejano.

El tedio de las horas nocturnales
No ha desplegado para mí sus alas
Con franjas de colores infernales.

Mi pecho libre de protervas galas,
Vive contento con sus propias penas
Bajo el fulgor de las etéreas salas.

La savia juvenil hincha mis venas,
Me dá sus notas íntimas la lira
Y regalan mi oído las sirenas.

Arde en mi frente, cual intensa pira,
La eterna sed del ideal supremo
Que allá en las noches de quietud me inspira.

Severo en el deber, ni el odio temo,
Ni de los hombres el rencor me abate,
Ni aromas, vil, al servilismo quemo.

Amo la augusta inspiración del vate,
Y tengo en el naufragio de la vida
Mis cantos por trofeos de combate.

Oh, Musa, de mi sér la preferida,
Con quien departe sus mejores horas
La vírgen de mis sueños adormida;

Tú, la gentil, que en el Parnaso moras,
De la paleta dame los colores,
Del sol la luz, del trópico las floras;

Y léjos de los falsos resplandores
De este siglo sín fé, que se derrumba
Minado por sus propios torcedores,

Cantemos con ardor, aunque sucumba
Falto de calma el corazón sediento,
Si salva los abismos de la tumba
El fénix inmortal del pensamiento!



A la tarde

Á la tarde

¡Cuánto eres bella misteriosa tarde,
Si á los tibios fulgores
Del astro que se oculta en el ocaso,
Cual disco de sangrientos resplandores,

Dás á los mundos ese aspecto vago,
Melancólico y triste,
Como el recuerdo de un amor perdido,
Cuando la fé del corazón no existe!

¡Cuánto vestigio de un cariño muerto!
¡Cuánta pasada historia
Surge al contacto de tu ingente calma
Desde el fondo sin luz de la memoria!

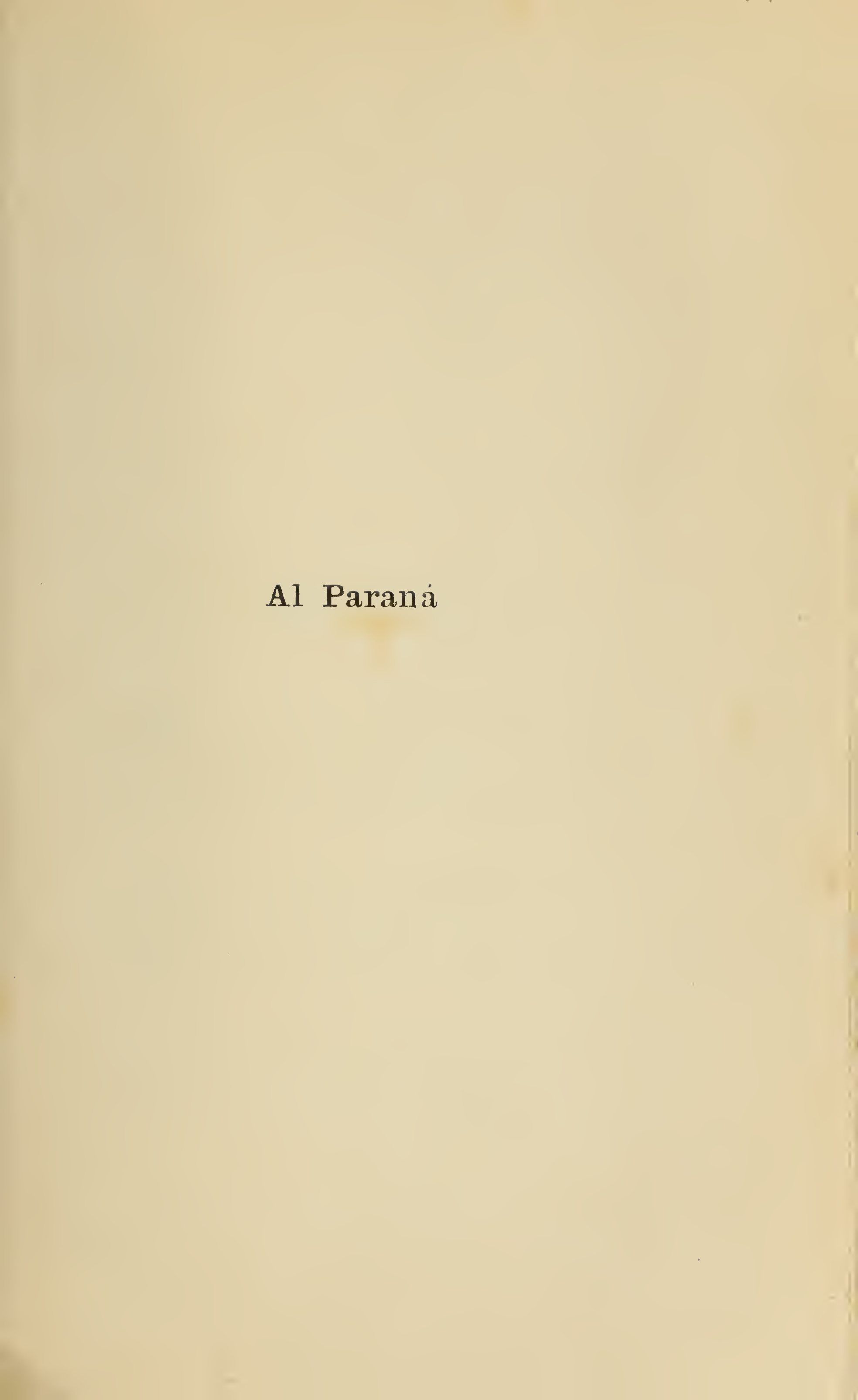
¡ Yo adoro tu patético misterio
Y tu invernal tristeza,
Mucho más elocuente que el lamento,
Cuando la noche del dolor empieza ;

Porque no sé qué gratas emociones
En mi organismo siento,
Cuando el jazmín perfuma la enramada
Y entre los juncos se adormece el viento!. . .

¡ Yo te saludo, creación hermosa
Del que enfrenó los mares,
Y dió á la nube caprichoso tinte
Y al pájaro melódicos cantares!

¡ Yo te saludo, codiciada joya,
Reflejo de mi vida ;
Estrofa azul, encantadora y santa
Del arpa de los cielos desprendida!





Al Paraná

Al Paraná

¡Aquí estoy, otra vez, en tus riberas
Oh, dulce Paraná, despues de tanto
Que el caudal de tus linfas hechiceras
No me arrullaba con su alegre canto!

¡Aquí estoy, otra vez, mansa corriente
Que del seno de América bajando
Por totoras y juncos, dulcemente,
Llegas al Plata bramador sonando!

¡Qué inmensa placidez! Murmuradores
Tus vientos pasan en gracioso giro;
Lucen tus ceibos su borlón de flores
Rojas como las púrpuras de Tiro;

Pululan en tropel las mariposas.
Doquiera se bifurcan los rosales
Y parecen las brisas rumorosas
Respiros de sahumerios orientales.

¡Cuán bellos son tus pájaros canoros,
Tu mundo de inefables embelesos,
Tus isleros, sus trovas y sus lloros
Recamados de músicas y besos!

¡Qué inmensa placidez! En tus orillas
Se siente el corazón con nuevos bríos.
Y vuelven otra vez, aunque sencillas,
Las flores castas de los sueños míos.

Sí, aquí estoy, mirándome en tus ondas,
En tus ondas azules, fugitivas...
Que ván armonizando con las frondas
Dibujos de curiosas perspectivas.

Aquí, contigo y siempre con el alma
Sedienta de extasiarse en tus riberas,
Mucho más bellas que la noche en calma
Con todo el esplendor de sus lumbreras!

Aquí, donde yo escucho enternecido
Junto á tí, Paraná, cada momento,
Las soñadoras cántigas del nido
Que entre las hojas balancea el viento.

Sí, aquí estoy; los años han pasado,
Y aquel que en tus barrancas se embebía,
Ha visto que la flor se ha marchitado
Del árbol de su hermosa fantasía.

¡ Jamás lo olvidaré ! Adolescente,
Sin más riqueza que la fé cristiana
De mi paterno hogar, en tí la mente
Buscaba el goce de mi edad temprana,

Cuando el incauto corazón no sabe
Que hay jornadas de espinas y de flores
¡ Más tristes que los cánticos del ave
Proscrita del edén de sus amores !

Cuando duerme el halcón de la tristeza
Y no se llega á comprender que aspira
La ciega humanidad á esa grandeza
Que no es fé, ni virtud, porque es mentira !

En esa edad feliz, edad radiosa
Que allá á lo léjos inconsciente vaga,
Perdiendo luego su cendal de rosa
No bien la luz primaveral se apaga !

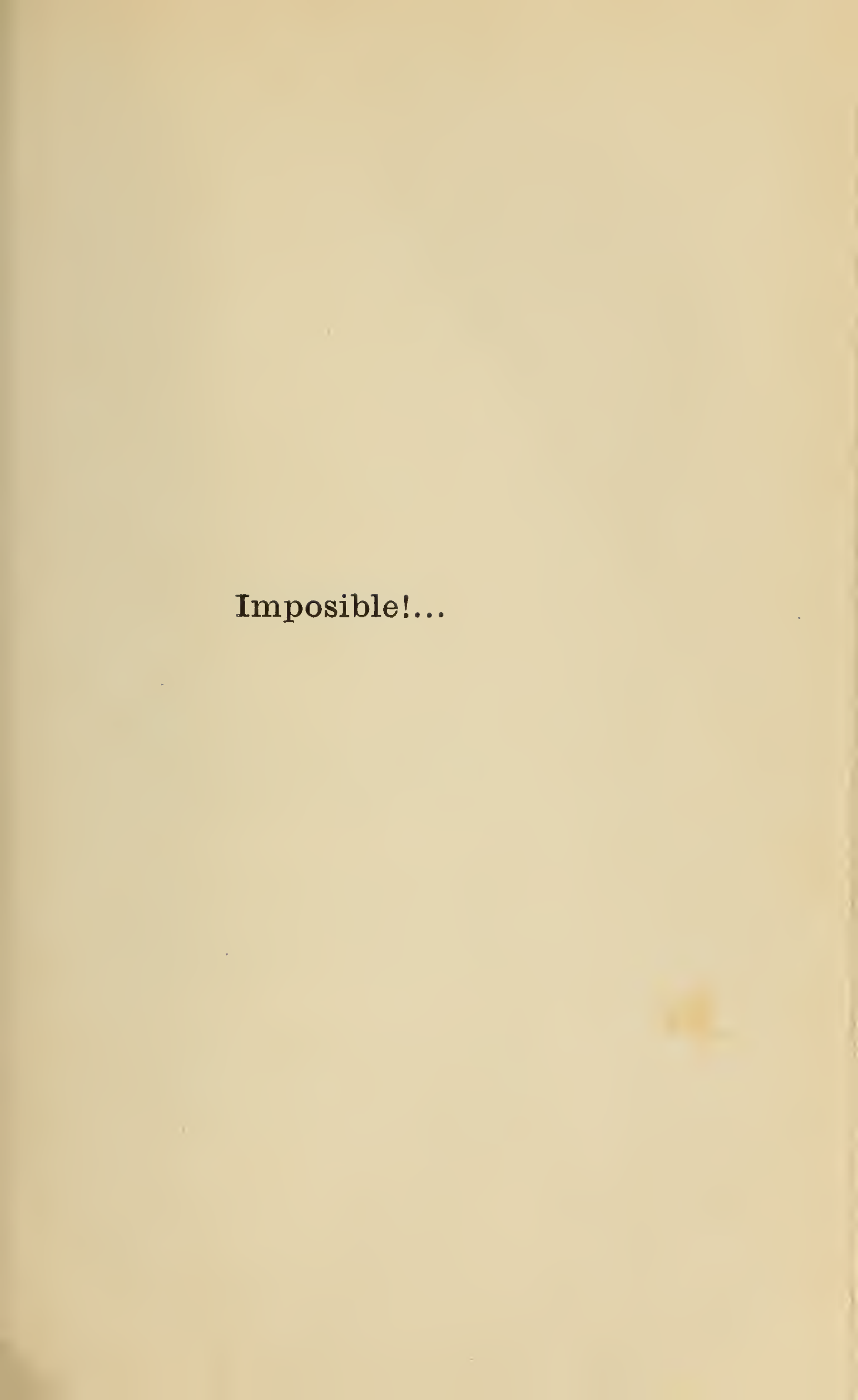
¡ Qué no es bello al nacer ! El amplio cielo,
Las alboradas, la creación, la vida,
La esbelta flor, el diáfano arroyuelo. .
Todo, al deleite de la paz convida!

¡Todo es nervio en el pecho y en la mente!
¡Todo, rimas de amor encantadoras,
Que pasan, como pasan por Oriente
En su carro de fuego las auroras!

Sólo tú, con tus márgenes amenas
Y tu solemne calma no extinguida,
Logras que olvide el corazón sus penas,
Volviendo al nido la ilusión perdida.

Pero, si tu celeste poesía,
Esta gentil, que ante mis ojos viertes,
Fuera sueño, también, del alma mía,
Yo te ruego, por Dios, no me despiertes!





Imposible!...

Imposible !...

CIEN y cien veces mi pensamiento,
Con la nostalgia del ideal,
Buscó por tierra, mares y viento
Todo un encanto primaveral.

Buscó el arbusto de flores rojas,
Buscó los gratos sueños de ayer,
Y ese poema que hablan las hojas
Cuando la tarde se vá á perder;

Cuando brillantes pasan las ondas
Con sus encajes de níveo tul,
Copiando á trechos todas las frondas,
Todas las nubes del cielo azul.

Buscó en las noches de luna bellas
De arpas celestes el dulce són,
Y bajo el reino de las estrellas
Los embelesos de una ilusión.

Buscó en el alma para halagarte
Mundos de plata, luz de zafir,
Y hermosos cantos para esbozarte
Los fantaseos del porvenir.

Mas, fué imposible toda porfía,
Todo entusiasmo del corazón,
Porque en mi frente sin voz yacía,
Como un cadáver, la inspiración.



Nostalgia

6

Nostalgia

¡Léjos pasad de la ardorosa mente,
Raza maldita de ambición pigmea,
Sin un dejo de amor sobre la frente,
Sin una floración para la idea!

¡Léjos de mí las hordas infernales
Que trepan la pendiente de la vida,
Sofocando, al nacer, los ideales
Por la musa del oro envilecida!

¡Léjos de mí! Bajo el azul del cielo
No triunfareis jamás, mientras exista,
Como suprema fuente de consuelo,
Línea, color y luz para el artista.

Si atesora una tarde que fenece
La magnitud de esas jornadas bellas
De la hermosa niñez, cuando parece
Más brillante el cendal de las estrellas,

¿Cómo en la viva inspiración del vate,
Cuna de inagotable fantasía,
No habrá creación tan bella que aquilate
Raudales de celeste poesía?

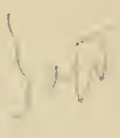
¿Cómo dudar que allá, en su pensamiento,
Cóndor audaz que á cuestas con su sino
Vá cruzando fosfórico, sediento,
La tenebrosa noche del destino;

No surgirán torrentes de armonías,
Como notas purísimas de un canto,
Como recuerdos de mejores días.
Como lumbreras del empíreo santo,

Si por su esencia misma es el poeta
Noble proscrito sobre el amplio suelo,
Que entre la dicha y el dolor vegeta
Soñando siempre con su patria, el cielo!

Soñando, nó! porque ansia tan vehemente
Que sin trégua el espíritu devora.
No es sueño caprichoso de una mente
Con trinos de ave y claridad de aurora;

Es lema de una frente enardecida
Que en este siglo de trastorno tanto,
Desdeñara lo inmenso de una vida
Por la estrofa más lírica de un canto!



¡Es caricia del ángel de la tarde
Que retempla el espíritu y lo emblema;
Es fuego de los trópicos que arde,
Que árde cual la zarza y no se quema!

Verbo sin mancha, alentador, fecundo,
Que arrebolas de luces y colores
La inspiración, donde palpita un mundo
Coronado de estrellas y de flores;

Yo te busco en las noches del estío,
Si arrobado, con júbilo, contemplo
De ese Dios inmortal el poderío
Que traspasa las bóvedas del templo!

Yo te busco en las horas rumorosas
Y en los rayos miríficos de luna,
Y en los broches más puros de las rosas
Y en los juegos más gratos de la cuna.

Yo te busco, te siento y te columbro
Bajo el dosel de las etéreas galas,
Nimbo de luz, á cuya luz me alumbro
Y hasta me siento por tu amor, con alas!

Con alas, sí, que el bardo cuando canta,
Música celestial, sus desventuras,
Del seno de los hombres se levanta
Buscando como el ave las alturas.

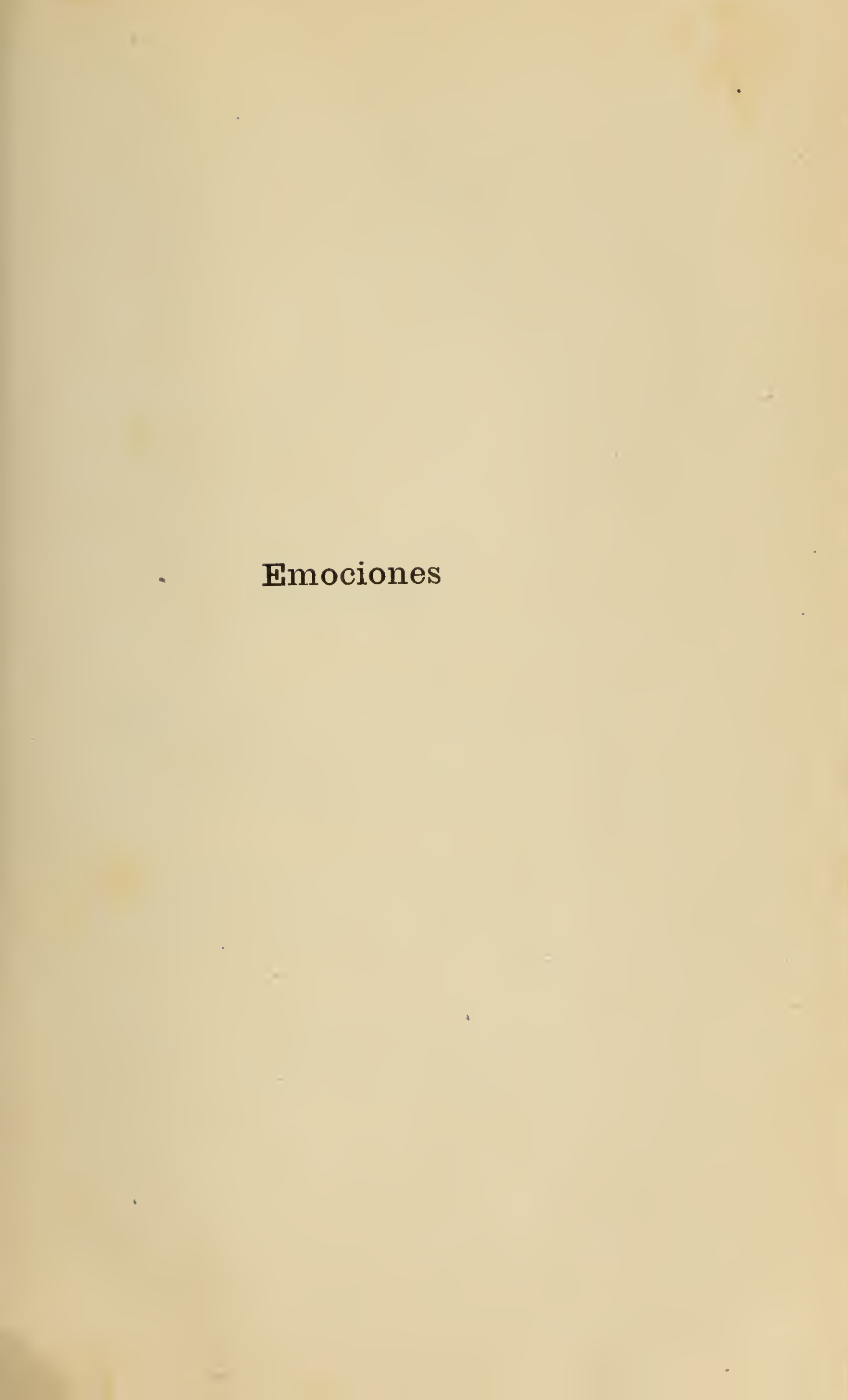
Por eso el pecho, en mis delirios, siento
De angustia lleno, de pesar transido;
Ruge la tempestad, arrecia el viento
Y quedo como el náufrago perdido

Aquí, donde se lucha con la forma
É iguales son en su correr los años,
Sufriendo el corazón la misma norma,
La misma sed, los mismos desengaños...

Mas, perdona, Señor, si vá empapada
De cruel escepticismo esta dolora;
Yo siempre te adoré, mi voz airada
Responde á la ansiedad que me devora,

A este ardor incurable de un deseo
Que en mí levanta su perenne grito,
Cual si fuese un caído Prometeo
Con ansias de volver al Infinito!





Emociones

Emociones

Pensativo, temiendo un desencanto,
Á tu lado, despacio, me acerqué:
De mis pupilas cariñoso llanto
Hasta tus plantas descendiendo fué.

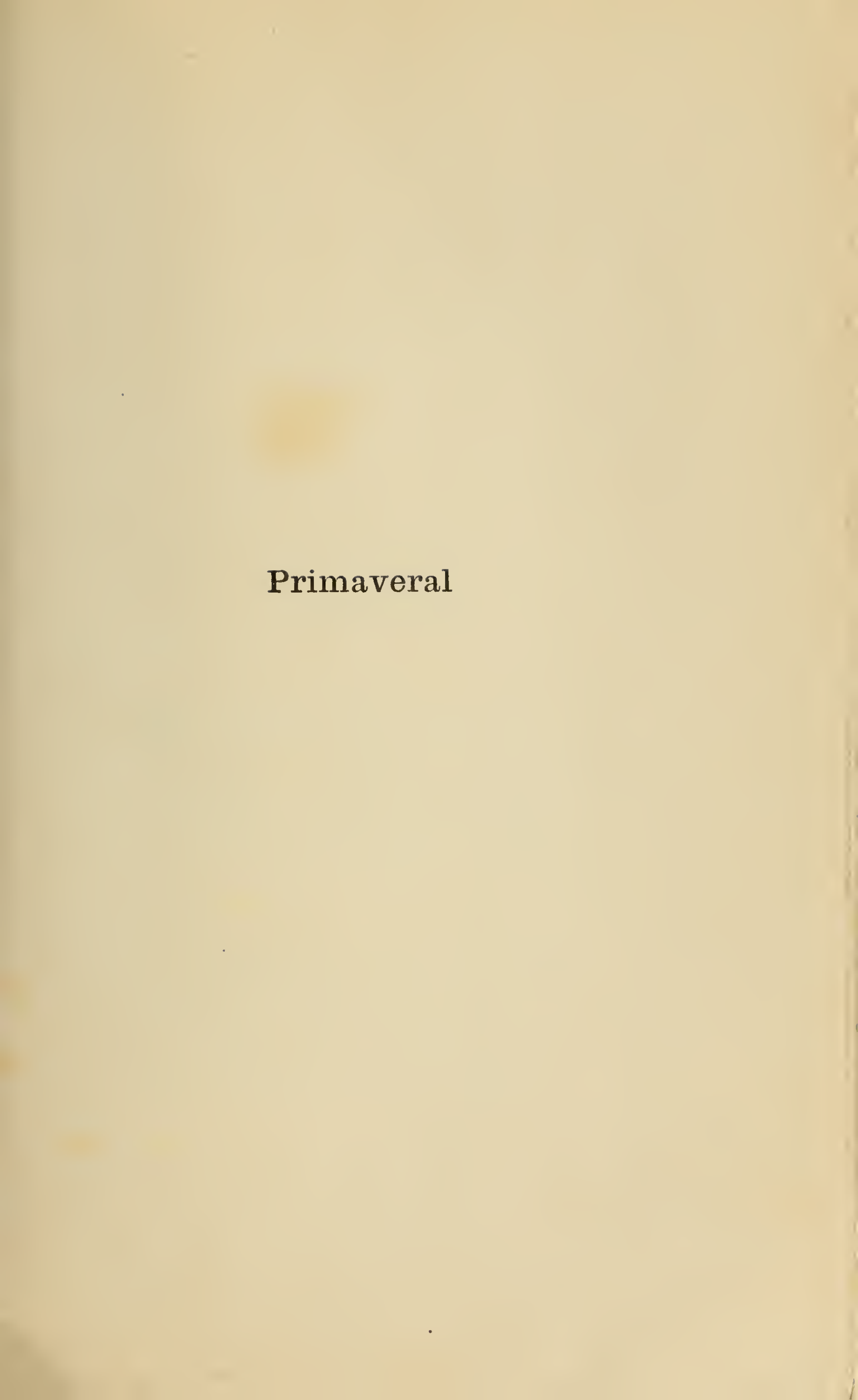
Dos hebras de tu hermosa cabellera
Te pedí, con suprema agitación;
Estabas ¡ oh, mi bien ! tan hechicera,
Que temía morirme de pasión.

Apénas me miraste, en tu mirada
Un rayo de esperanza descubrí,
Como nuncio de gloria no soñada
De mi vida en el mundo baladí.

Más roja que la grana te pusiste,
Tu labio con mi labio se encontró.
Y, cuando *sí*, de corazón, dijiste,
La fiebre del placer me enloqueció.

Temblé de gozo en el primer momento
Y al separarte me abrumó el pesar,
Que siempre trás la dicha vá el tormento,
Sombrío, cual los tumbos de la mar.





Primaveral

Primaveral

Radiante de belleza y armonía,
Como una fantasía
Que de ese mundo superior llegara,
Se difunde, mi bien, la primavera,
Graciosa y hechicera,
Cual nunca en mis delirios la forjara.

Ya, cual las ondas de agitado río,
Con ardoroso brío
La púrpura fecunda se derrama
Por la red azulada de las venas,
Y el corazón, sin penas,
Cual nuevo fénix resucita y ama!

Ya no faltan las dulces alegrías
De los serenos días,
Cuando flota el espíritu contento,
Y todo adquiere ese color de rosa
Con que la tarde hermosa
Tiñe el fondo turquí del firmamento.

Otra vez, cual espléndidas visiones,
Tornan las ilusiones
De aquellos días cuando yo era niño,
Y soñaba á los rayos de la luna
Sonriente la fortuna,
Como la flor de mi primer cariño.

Cuando cada ramaje es una lira
Sublime, que se admira
Con el candor de los queridos años,
Y sólo existe en el altar del alma
La venturosa calma
Que marchitan despues los desengaños.

Sí, la maldad que blasfemante y ciega
Los atributos niega
Del bíblico Señor de los cantares,
De aquel Eterno, que del cáos hizo
Surgir un paraíso
Cuajado de esplendentes luminares.

De Aquel que dió perfumes á las flores
Y espléndidos colores
Al iris, precursor de la bonanza;
Genio Inmortal, que en su infinito anhelo,
Para mayor consuelo
Nos legó con la vida, la esperanza.

Porque, si nó, ¿qué fuera la existencia
Sujeta á la inclemencia
Del tiempo asolador, vírgen querida?
¿Qué fuera del amor y qué del hombre
Cuando pesar sin nombre
Se goza cruel en enconar la herida?

Pues, ¡ay, sin esperanza y sin amores
Son los tiempos mejores,
Mar sin espuma, ruiseñor sin canto!
¿No piensas como yo, mi prometida,
Que la esperanza es vida
De nuestro mismo celestial encanto?

¿No piensas que esta misma primavera,
Siendo tan lisonjera,
Vá derramando plenitud, aliento?
¿Y cómo nó, si al sol de tus pupilas,
Hermosas y tranquilas,
El corazón electrizado siento?

¿Si del amor febril, en los excesos,
Me enloquecen los besos
De tus graciosos labios de corales,
Y con la suelta cabellera undosa
Te admiro más hermosa
Que, al desmayar la tarde, los rosales?

¿Si, fiel, como la tórtola al reclamo,
No bien, mi luz, te llamo,
Te acercas hasta mí, fascinadora,
Y la flor tropical de tu hermosura
Levántase tan pura,
Como una ténue claridad de aurora?

¡Oh, beldad, si voluble la fortuna,
De tu pecho que aduna
Con mi pasión tu virginal cariño,
Me separara, con violencia, un día,
¡Pobre de mí! sería
Lo que es el alma sin la fé de niño!

¡Cielo sin astros, pária vagabundo
Con el pesar de un mundo
Sobre su sola frente entristecida;
Arpa sin voz, que de crespón se viste,
Como la noche triste,
Sobre el concierto universal, tendida!

Meditación

Meditación

El astro luminar del firmamento
Ha sucumbido ya; ni el ave canta,
Ni en las umbrías se estremece el viento.

Ni una nota, ni un eco se levanta
Propíncuo de las últimas colinas,
Que la luz del crepúsculo abrillanta.

Cada vez más se ciernen las neblinas
Y huyen las ilusiones sin alarde,
Cual huyen en tropel las golondrinas.

Sólo á lo léjos de los mundos arde-
Myosotis de oro en la cerúlea toca—
La primorosa estrella de la tarde,

A cuya luz el corazón sofoca
Las incurables penas de mi vida.
Como ninguna persistente y loca;

A cuya luz el alma enternecida
Se remonta al edén de mis ensueños,
Dulces vestigios de la edad florida,

Cuando el amor y la ventura, dueños
Del ideal más puro que he sentido.
Me dieron flores y forjaron sueños.

Mas, hoy ¿ en dónde están, á dónde han ido
Las juveniles horas de mi infancia,
Las que labraron del amor el nido ?

¿ En dónde están la tropical fragancia,
La dulce voz, las plácidas querellas,
Que apénas laten hoy á la distancia ?

¿ En dónde están mis concepciones bellas,
Tan puras cual la luz de las auroras,
Tan castas cual la luz de las estrellas ?...

Ni el aire de las selvas tembladoras,
Ni el agua de las fuentes cristalinas
Llegan á mí, como en aquellas horas—

De otros mundos dichosas peregrinas—
Que al revolar hácia el confín lejano,
Nos dejan en el alma las espinas!

Por eso, de la vida en el arcano,
La fugaz existencia de las flores
Tiene el placer del corazón humano.

¿Qué vale ambicionar regios honores,
Doradas palmas de mentida gloria,
Necios aplausos, cánticos y amores,

Si es la nuestra una suerte transitoria,
Donde ván al azar nuestros despojos,
Como la arcilla vil, como la escoria?

¿Si cuando exploran ávidos los ojos
El amplio circo que en redor se alcanza,
En vez de flores sólo ven abrojos?

Nuestra vida es un ponto sin bonanza,
Donde no hay otro norte, ni otro guía,
Que el lucero inmortal de la esperanza!

¡Oh, divino sostén del alma mía,
Falto de tus benignos resplandores,
Qué fuera de mi sér en la agonía?

En vano busca el genio en sus ardores
La clave de lo ignoto entre la ciencia,
Que esplende como un sol en sus albores;

En vano pugna el hombre en su impotencia
Por leer el enigma del futuro,
Donde se estrella toda su experiencia;

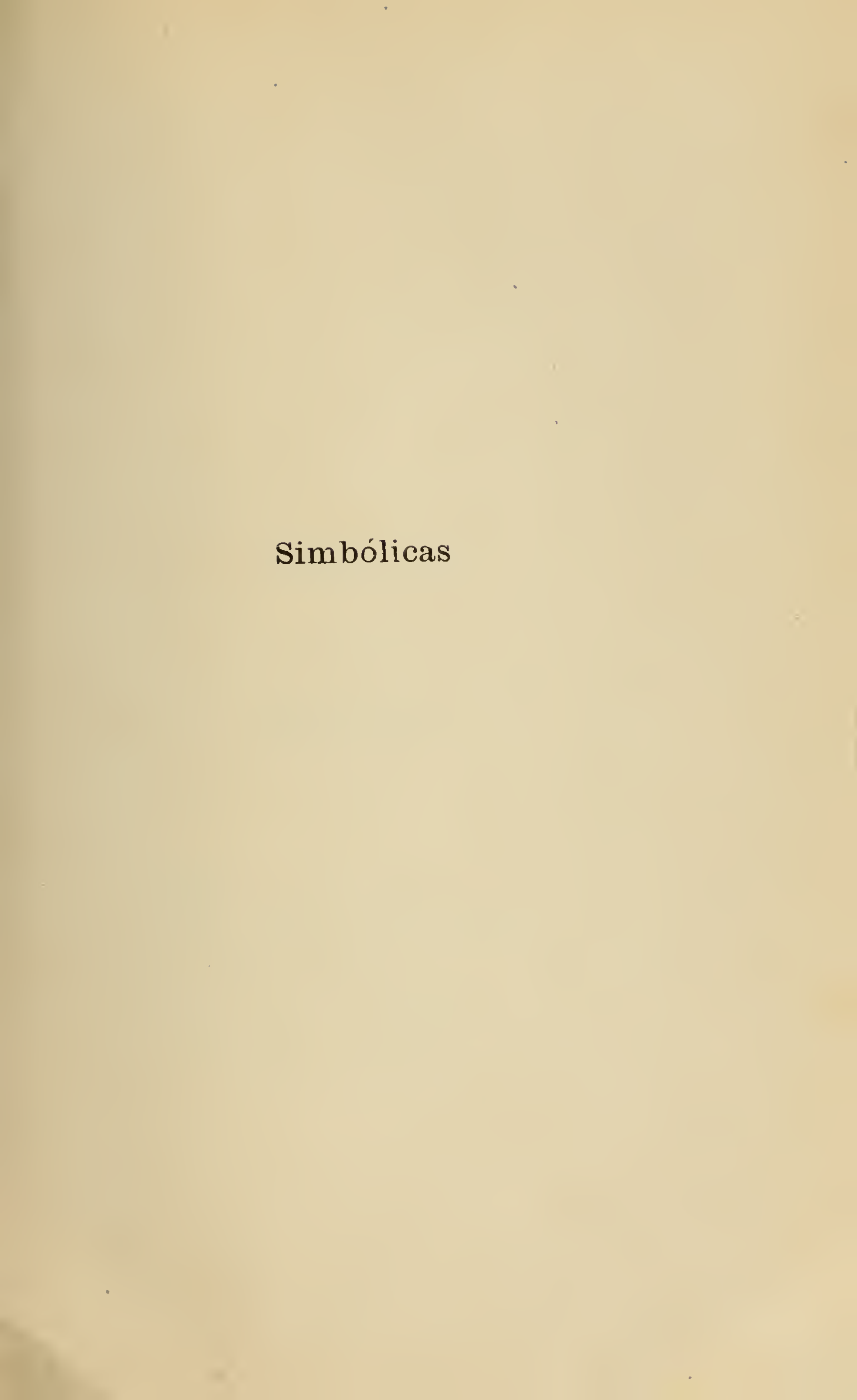
Un sér habrá que desde el suelo impuro
Nos circunscriba del planeta el vuelo
Por la región del inmortal seguro;

Habrá un Colón, que en su incesante anhelo
Columbre el sol de un nuevo continente
Que se destaque en el confín del cielo;

Un Guttemberg, y un Newton eminente.
Que obtengan de la musa enardecida,
Cien gajos de laurel para su frente.

Mas, por grande y excelsa y atrevida
La humanidad, que en aprender se afana.
Nunca, en el torbellino de la vida,
Sabrá qué sol le alumbrará mañana!





Simbólicas

Simbólicas

I

Ayer, el ayer querido
De una vida sin quebrantos,
Sus benéficos encantos
A mi paso deshojó,
Bajo un cielo sin nublados,
Fiel presagio de bonanza
Donde sólo la esperanza
Fué el planeta que brilló.

Era todo
Perspectiva
No cautiva
Del pesar;
Gratas horas
Que hoy la mente,
Solamente,
Puede crear.

En aquellas alboradas
De inocencias y alegría,
Mi cerebro concebía
Sólo dicha, libertad;
No la lucha, no la fiebre
Del estúpido egoísmo,
Que nos lleva hasta el abismo
De su torpe vanidad.

Me brindaron
Sus olores,
Frescas flores
Por doquier;
Y las aves,
Sus cantares,
Y los mares,
Su poder.

II

Poco á poco se han caído
Al soplo de las congojas,
Hasta las últimas hojas
De mi soñada ilusión ;
Pues sólo me vá quedando
De lo que fuera mi gloria,
Una tristísima historia
Grabada en el corazón.

¡ Quién pensara
Que los años,
Desengaños
Saben dar,
Y la suerte
De esta tierra,
Sólo guerra
Sin cesar !

Son mis ánsias flores secas
Que desparraman los vientos,
Y mis felices momentos,
Recuerdos y nada más ;
Porque los sueños pasaron
De mi vida en el estío,
Como las ondas de un río
En su carrera fugaz.

Y hoy me queda
Con el alma
Ya sin calma,
Pobre amor.
Y una sombra
Pasajera
De lo que era
Seductor.

III

Mañana, donde creímos
En medio de nuestro lloro,
Hallar un noble tesoro,
Hallaremos oropel ;
Y siempre apurando el vaso
De la mundana existencia,
Quizá bebamos la esencia
Decantada de la hiel ;

Soportando
De las penas
Las cadenas
Y el afán ;
Y en el pecho,
Las falsías
De los días
Que se ván.

Ah ! mañana ya veremos
Las esperanzas de ahora,
Como la espléndida aurora,
Fenecer á lo mejor ;
Y allá, léjos, entre nieblas,
Otra quimera que asoma
A la vez que se desploma
Nuestra frente, nuestro amor ;

Que á la postre
Toda vida
Cae rendida
Con su cruz,
Porque le abre
Soporosa,
Triste fosa
Su capuz.



Amor

Amor

Eres, amor, fascinadora lumbre
De paz y de consuelo,
Que hermosamente y sin descanso brillas,
Como un fanal en el cenit del cielo.

Soplo divino, vibración de un arpa
Dulcísima, que llenas
De conciertos melódicos la vida,
Y de pujanza juvenil las venas.

Fuente de inspiración, rayo en la luna.
Fulgor en la alborada
Y fuego de los trópicos que ardes
En el altar del alma enamorada.

Falto de tí, mi corazón que adora
Tu ardiente poesía,
Devorado por cruentos sinsabores.
Como el árbol sin savia, moriría!



Paisaje



Paisaje

La tarde vá á morir: el sol poniente
Derrama sus más vivos resplandores,
Y hay un algo que flota en el ambiente,
Sutil, como el perfume de las flores.

Hay un algo, preludio de tristeza,
De profunda y tenaz melancolía,
Que en lo más íntimo del alma pesa
Con toda su grandiosa poesía.

El viejo morador de las riberas,
Bajo el dosel de sus tupidas hojas,
Vá á desplegar sus flores altaneras
Como un turbión de campanillas rojas.

Vá á poblarse de sombras la floresta.
Vá á perfumar la selva su atavío,
Como en las tibias horas de la siesta
Se aromatiza el *irupé* del río.

Ván á surgir del seno de las ondas
Plateados peces de brillante escama,
Juncales de oro y encantadas frondas
Mucho más verdes que la misma grama.

¡Es gusto ver la nítida corriente
Con sus festones de nevada espuma,
Y allá léjos, flotando dulcemente,
Velos de sombra que la luz esfuma!

¡Es gusto ver la débil barquichuela
De blanca lona y enarcada quilla,
Cómo en los riachos presurosa vuela
Besando los palmares de la orilla;

Y cómo del remanso en los espejos
Combinan perspectivas hechiceras
La tarde, con sus cárdenos reflejos,
Los sauces, con sus largas cabelleras!

¡ Es imponente, arrobadora y triste
La indecible grandeza de esas horas
Que luchando, el espíritu resiste,
Con sus propios crepúsculos y auroras!

¡ Un instante no más! y aquel celaje
Que fué un esbelto camarín de grana,
Vá á sucumbir con su vistoso traje
Para volverse á engalanar mañana,

Lo mismo que de blancas ilusiones
Los insondables mundos de la mente,
Cuando huyen en tropel las decepciones
Y queda en calma el corazón doliente!

¡ Mundo del Paraná, de excelsa vida
Y fecundante luz, con cuanto anhelo
Busco tu exuberancia no extinguida,
Tu noble paz y tu cerúleo cielo!

¡ Con qué inmenso placer, con qué cariño
Tu esplendorosa magnitud contemplo,
Como la ciega admiración del niño
Las atrevidas cúpulas del templo!

¡ Con qué gozo columbro en tu presencia
Todo lo ideal de mi pasada historia,
Cuando llena, de gracia, la existencia
Me brindaba sus cánticos de gloria;

Y bajo el techo de la patria mía,
Solio triunfal que engalanó mi cuna,
Venturosa la suerte transcurría
Con luz de sol ó claridad de luna!

Lampos del cielo azul, aves de paso,
Reminiscencias del edén querido,
Que trás breve existir, en el ocaso
De un reino que nacía se han perdido!

Inefable niñez, brisas serenas,
Costumbres puras, libertad buscada,
¿Dónde, decid, consolaré mis penas?
¿Dónde hallaré la juventud pasada?

¿Dónde, la tierna idealidad del alma?
¿Dónde, la fé acrisolada y viva,
Si hasta mis noches de placer y calma
Pasaron, como el agua fugitiva?

Lo mismo tú, fascinadora tarde,
Que irradiaste perfumes y colores,
Vás á ocultarte ya, donde no arde
Ni la luz en los últimos alcores.

Anhelas resistir ¡pero, es en vano!
Ya no hay cantos, ni besos, ni armonías...
Que tú también, como el cerebro humano,
Tienes tus horas de quietud, sombrías!

Otoñal

Otoñal

Yo siento el ritmo de arpas sonoras,
Yo siento de ellas la vibración,
Como esos cantos de las auroras
Cuando risueñas pasan las horas
En procesión.

Yo siento un mundo de poesía,
Yo siento excelsa felicidad;
Dentro del alma dulce armonía,
Doquier el aire, la luz del día,
La libertad.

¡Todo se admira, todo se anhela
Desde el nublado de leve tul,
Hasta la nave que airosa vuela
Donde contrasta más con la vela,
La bruma azul;

Cuando en las ramas tiemblan los nidos.
Cuando en los nidos tiembla el amor,
Porque hay en ellos dulces latidos
Nunca escuchados, nunca aprendidos
Del alma en flor!

No es éste el valle de los dolores,
No es éste el valle de lo fugaz;
Aquí no hay penas ni sinsabores,
Todas son dichas, todas son flores
De eterna paz.

Dijo su acento — cuando naciente
Trás de la niebla crepuscular,
Como un torneo de luz ardiente,
Surgió la aurora resplandeciente
Por todo el mar.

Pero, más tarde, no bien su velo
Tropel de sombras doquier tendió,
Cuando sin ondas el arroyuelo,
Desfallecido, fúnebre el cielo
Se destacó;

Mustios los ojos, mustia la frente,
Sin esperanzas que ambicionar,
Pulsó las cuerdas del arpa ardiente,
Y entristecido, cual sol poniente,
Volvió á cantar:

La luz del alba rosada y pura
Como en las horas del tiempo aquel,
Desde su trono ya no fulgura;
Le ha sucedido la noche obscura,
La noche cruel.

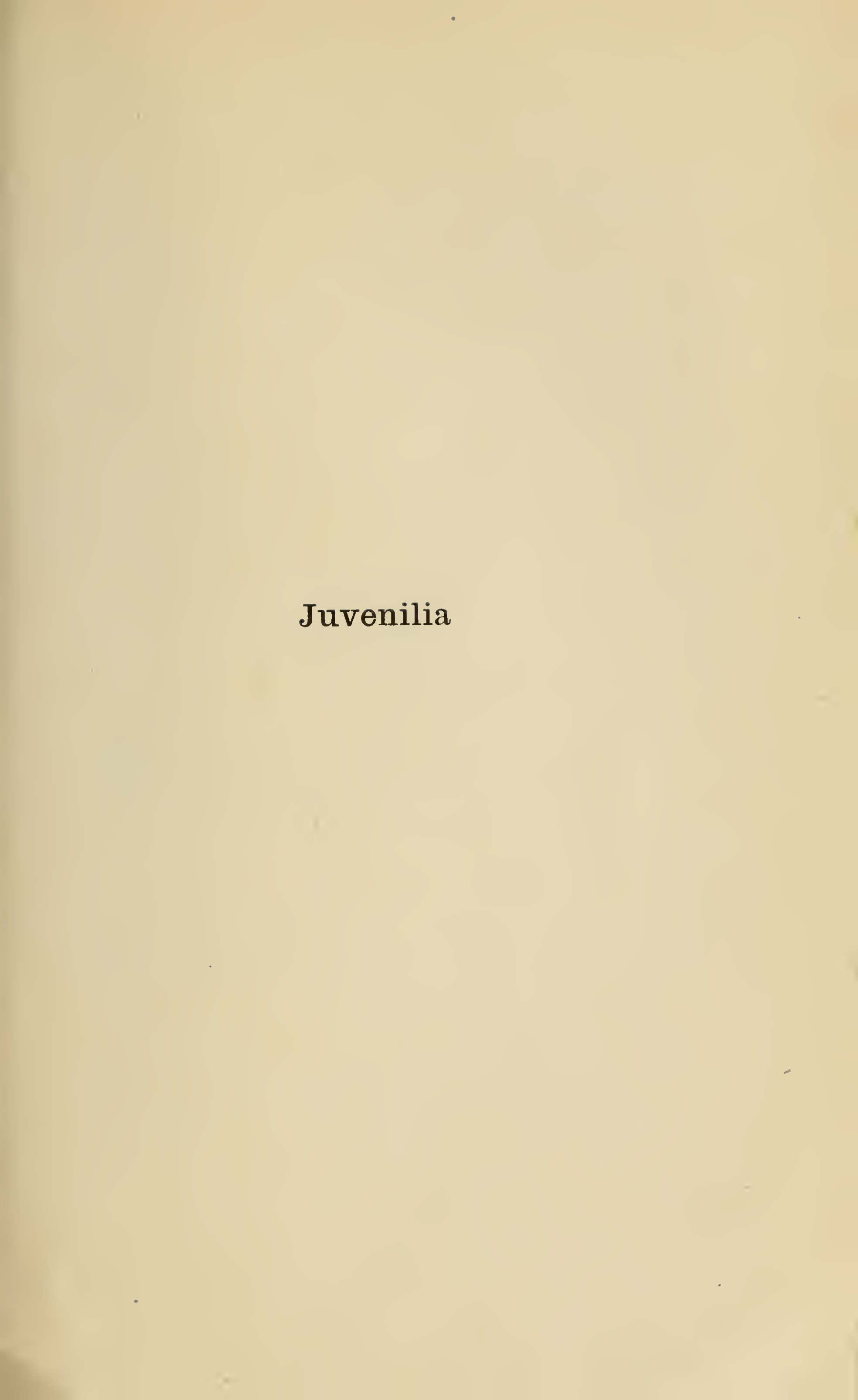
Ya no preludian dulces concentos
Los moradores del guayacán;
Turbias las fuentes, fríos los vientos,
Enronquecidos, siempre violentos
Vienen y ván.

Bajo las frondas del bosque umbrío
De la corriente cesó el rumor;
Todo está triste, todo, sombrío,
Como la tumba, como el vacío,
Como el dolor.

Con la alborada llegué á la vida
Lleno de encantos y placidez,
Mas, de la tarde con la partida.
Sentí en el alma la despedida
De la niñez.

Por eso, en ella no brotan flores,
Ni hay transmisiones del corazón,
Que nada valen luz y colores
Cuando se alejan los ruiseñores
De la ilusión.





Juvenilia

Juvenilia

Cuando desmaya el sol, cuando declina
Lentamente la tarde en el ocaso,
Y al beso de la lumbre mortecina
Rasga la flor sus pétalos de raso ;

A esa hora de calma, de misterio,
Inmensamente triste, pero bella,
Cada nota es la nota de un salterio,
Cada foco de luz, el de una estrella !

Mis párpados se cierran, y á lo léjos,
Como al través de blancas muselinas,
Vislumbro con los últimos reflejos
De mi jornada juvenil las ruinas.

Vislumbro panoramas seductores
De mundos que se alejan sin alarde,
Como esas nubecillas de colores
Barridas por el viento de la tarde;

Como esas ondas de la mar bravía
Que, en su eterno vaivén, pasan cantando;
Como tus mismos sueños, alma mia,
Que se ván con los tiempos apagando!

Porque, triste y doliente peregrino,
Trocados en espinas los azahares,
Hoy busco entre las zarzas del camino
La dulce paz de mis paternos lares;

Y con ella, la fé, la fé arrancada
Del piélago social en la pelea,
Que si llevo la frente destrozada
Sin un rayo de luz para la idea;

Si permanece gris el firmamento
Y la esperanza de solaz espira,
No importa sucumbir falto de aliento,
Ya rotos los estambres de la lira!

¡No importa si la atmósfera fermenta
Y el mustio corazón se despedaza:
Los héroes de la vida, en la tormenta.
Deben luchar sin deprimir su raza!

Acaso ¿no es la realidad severa,
Testigo fiel que el bienestar perdido
No vuelve, como vuelve en primavera
La golondrina á reconstruir su nido?

Acaso ¿no es verdad que el triunfo muerto
Y que los mismos sueños ya pasados
No vuelven más, como la flor del huerto
Bajo los cielos de esplendor ornados?

Oh, ley inexorable! tú gravitas
Sobre la frente del linaje humano,
Sin detenerte á contemplar sus cuitas
¡Cuántas veces más grandes que el Oceano!

¡Cara pagué mi candidez de niño!
¡Caro, el soñar de los mejores años:
Muerta la flor de mi primer cariño,
Tan sólo me quedaron, desengaños!

En vano la busqué como en otrora
Hasta los cielos levantando el ruego:
La noche densa sucedió á la aurora,
Y el dolor, á mis súplicas de fuego.

Tenía que olvidar las emociones,
Y con ellas, las dulces alegrías,
Que poblaron la mente de ilusiones
Y el arpa juvenil de melodías;

Que allá en las horas de quietud, dichosas,
Atesoran perfumes y colores
En sus alas de tul, las mariposas,
Y en su aliento, las brisas y las flores.

Allá el concierto universal destella,
Allá el concierto universal palpita,
Como la luz de la primer estrella,
Como el amor de la primera cita!

El corazón del hombre adolescente,
Trás el halago del ideal se lanza,
Rimando de la vida en la pendiente
La estrofa más azul de la esperanza.

Después, las glorias pasan fugitivas,
Las cariñosas expansiones huyen,
Y en las luchas del mundo sucesivas,
El llanto y el dolor las sustituyen.

Mas, cuando toda la ilusión espira,
Sin que logren los tiempos arrancarla,
La memoria, dulcísima, suspira,
Como un viejo laúd, al evocarla!



Incertidumbre

Incertidumbre

La sombra nocturna se inclina al ocaso,
Y allá, entre las nubes del piélago azul,
La luna aparece, vertiendo á su paso,
Cascadas hermosas de espléndida luz.

También en el cielo sin fondo del alma,
Un astro á lo léjos, parece asomar:
¿Será la esperanza de un día de calma?
¡Oh, sí, la esperanza, postrera quizá!

Tristezas

Tristezas

¡Yo me siento morir! Paso las horas
Sumido en esa agitación violenta,
Que es mezcla de crepúsculos y auroras,
Si dentro del espíritu fermenta.

¡Yo me siento morir! Aquí en el alma,
Como indómito potro que bravea,
Ruge la tempestad; la dulce calma
Se pierde en el ocaso de una idea!

Por eso el corazón del pecho mío
Con ritmo late descompuesto y rudo;
La intensa fiebre de un dolor impío
Se ha cernido sobre él: forma su escudo.

¡Yo me siento morir! Soberbia noche
Ha descorrido su cendal de duelo;
¡La flor de la ilusión plegó su broche!
¡El ángel de la dicha batió el vuelo!

¡Ya no llegan las brisas rumorosas
Como blandas querellas al oído!
¡Ya no visten de púrpura las rosas!
¡Ya no cantan los pájaros del nido!

El sauzal de mis sueños ya no existe,
Ni en las límpidas ondas se refleja;
Está todo desierto, todo triste,
Como el último adiós del que se aleja!

El ceibo secular de flores rojas
Ya las endechas del amor no inspira,
Ni se escucha el poema de las hojas
Cuando la luz crepuscular espira!

A esa hora de calma indefinible,
De solemne quietud, cuando la hoguera
Crece de esta ansiedad, de este imposible,
Que no tiene en mi espíritu barrera;

Porque el ardor, vivísimo, que siento,
Cual nostálgico mal que me devora,
No es grito de un dolor, ni sufrimiento
De una frente misántropa, que llora.

Es la suprema languidez del alma
Cuando destino y corazón forcejan;
Es la esperanza de obtener la palma
Y el desengaño que los tiempos dejan!

¡Oh, superna niñez, cándida y bella,
De perfumados lirios ataviada,
Que, cual foco de luz, ya no destella
Como en las horas de mi edad pasada!

Edad feliz y pura cual la brisa,
Fresca, como la selva tembladora,
Y tan hermosa, cual la luz rojiza
Que dió á los orbes la primer aurora!

Alcázar celestial, rayo de luna
Que al través de los álamos blanquea,
Cuando velan los ángeles la cuna
Y dormita entre púrpuras la idea.

Gracioso ruiseñor que ya no canta
En los ramajes del edén querido;
Caricia de un amor que se quebranta,
Transparencia de un sol, que se ha perdido!

¡Porque en vano es luchar! El tiempo muerto,
Los años que se apartan de su esfera,
No son como los árboles del huerto,
No retoñan, llegando primavera!

Son las arpas sin voz, son los reflejos
De un astro que no alumbra, que no arde;
Vestigios que se pierden á lo léjos,
Como el último canto de la tarde!

Al través de los tiempos y los nombres
La incontrastable realidad azota:
Muere el primer afecto de los hombres,
Muere la yedra que en las tumbas brota

¡Todo pasa fugaz! Sólo en la mente
Queda el recuerdo con eterna vida,
Como la hermosa perla del oriente,
Bajo las ondas de la mar perdida.

Tropel azul de espléndidas visiones
Que silencioso, cual ninguno pasa,
Miéntras se llena el alma de ilusiones
Y el pobre corazón se despedaza!



Glípticas



Glípticas

I

La luz crepuscular débil y triste
Se pierde entre la bruma
Y un hálito de flores otoñales,
Suavemente, la atmósfera perfuma.

Se escucha la calandria que á lo léjos
Entre los ceibos canta,
Y rumores tan dulces cual si fueran
Las melodías de una lira santa.

Doquiera lo patético se impone
De una tarde serena;
No hay nubes turbulentas en el cielo,
Ni eco de llantos en el aire suena.

¡Todo es calma y amor! Todo respira
Placer, arrobamiento;
Tan sólo yo, sonámbulo infelice,
Hondas tristezas en el alma siento!

II

¡Cuántos recuerdos evoca
El alma en sus soledades!
¡Cuántas, cuántas tempestades
En pos de un vano placer!
¿Por qué siempre apetecida
Y mucho más esplendente
Que la jornada presente,
Es la jornada de ayer?

III

A la rosada luz de la esperanza,
Todo mal languidece;
Pero, dicha que el tiempo ha marchitado,
Créeme, corazón, ya no florece!

IV

Anoche, anoche, mi bien, ha sido
Noche de gloria para mi sér,
Porque yo nunca sentí en el alma
Tanta ventura, tanto placer!

V

Hay en tus ojos fulgores
Del cielo de la ilusión,
Y en el carmín de tus labios
Vehemencias del corazón.

VI

El día que tú me olvides
La angustia me llevará,
Cual nave que lleva el viento
Perdida sobre la mar.

VII

Tengo un recuerdo tan rico
Guardadito en mi querer,
Que es más bello que los cielos
Cuando empieza á amanecer.

VIII

¡Un año más!... ¡Cuánta ventura muerta!
¡Cuánto placer soñado,
Que, al fugitivo paso de las horas,
Como una niebla azul se ha disipado!

¡Cuántos proyectos que en otrora fueran
Los presagios de calma,
Faltos hoy de su espléndido ornamento,
Vampiros son en la región del alma!

¡Cuánto trastorno audaz! ¡Cuánta mudanza
Del mundo en el camino!
Por dichosa que sea una existencia
Tiene noches tremendas su destino!

IX

¡Oh, dulce amor, que alivias con tus besos
La perdurable fiebre del dolor;
Sin tí, la vida fuera un cementerio
Y un ente el corazón!

X

Siempre que miro al desmayar la tarde.
De las sombras el fúnebre crespón,
Se siente llena de congoja el alma,
Desfallecido y mustio el corazón.

Siempre que muere el ardoroso estío
Y hácia el confín las golondrinas ván,
Me parece que hermosas como ellas
Nunca más á mi paso volverán.

Por eso vivo en ese mundo vago
Donde yo mismo ignoro lo que soy ;
Persiguiendo celestes ideales,
Como un proscrito entre los hombres, voy.

XI

Es una ley inmutable
Que bajo el sol de la esfera
Por cada nueva quimera
Cien deshoja el huracán ;
Pues en el mundo marchamos
Hácia atrás, hácia adelante,
Cual olas que un instante
Resbalan, vienen y ván.

XII

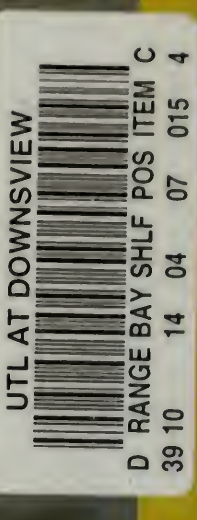
¡Señor! ¡Señor! la nave de mi vida
Náufraga y sola por los mundos vá;
El alma llevo de dolor transida
Y no sé cuándo, cuándo curará!



Índice

Índice

	Páginas
CARTA-PRÓLOGO	IX
Preludio	17
Lo que no muere	21
Á Montevideo	27
Velut umbra	31
Sursum	37
Intima	43
En la arena	47
Nupcial	53
Á la tarde	67
Al Paraná	71
Imposible!	77
Nostalgia	81
Emociones	87
Primaveral	91
Meditación	97
Simbólicas	103
Amor	111
Paisaje	115
Otoñal	121
Juvenilia	127
Incertidumbre	133
Tristezas	137
Glípticas	143


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 14 04 07 015 4